

Documentos de Pío XI sobre la guerra cristera

José Pablo Poblete, L.C.

Estudios en filosofía, teología y ciencias humanísticas, y autor de diferentes libros sobre temas de espiritualidad y literatura.

Introducción

El ser humano vive en la historia. Cada persona encarna de alguna manera los ideales y la atmósfera de las circunstancias en las cuales se desenvuelve, y por ello mientras más se conozcan los avatares de una época, mayor será la comprensión del actuar de cada hombre y mujer.

En este estudio nos limitamos a analizar cuatro documentos de Pío XI dirigidos a los obispos, sacerdotes y católicos mexicanos. Estos cuatro textos están escritos en el contexto de la guerra cristera, y por ello es necesario también analizar el contexto de la guerra y los principales temas a los que el papa alude en sus documentos.

Durante el trabajo será de vital importancia, para entender la realidad mexicana, el amplio estudio realizado por Jean Meyer¹ sobre la guerra cristera, porque abraza diferentes aspectos de la sociedad de la época en base a sus investigaciones y a las conversaciones tenidas con centenares de testigos oculares de los hechos. Esta parte histórica es necesaria para caminar luego en terreno firme, ya que es bastante difícil, por no decir imposible, entender correctamente los textos de Pío XI si no se contextualizan primero a la luz de la realidad social y eclesial de México.

Claramente estos mismos textos de Pío XI marcan la pauta y el ritmo del trabajo, y de hecho su análisis detallado permite entender las necesidades concretas de la Iglesia en el periodo entre guerras.

¹ Para un contexto mayor de la guerra cristera es indispensable la lectura de los tres volúmenes escritos por Jean Meyer. J. MEYER, *La cristiada, la guerra de los cristeros (I)*; *La cristiada, el conflicto entre la Iglesia y el Estado 1926-1929 (II)*; *La cristiada, los cristeros (III)*, Siglo veintiuno, México 1985⁹. Durante el trabajo haremos referencia continua a estos tres volúmenes nombrando las primeras palabras del título de cada volumen y las páginas correspondientes.

1. La guerra cristera

La guerra cristera fue un evento que conmocionó a México durante varios años, especialmente entre los años 1926 y 1929. Entre los antecedentes a esta guerra se encuentran las leyes anticatólicas de la Constitución mexicana de 1917, la elección en 1924 de Plutarco Elías Calles² como presidente de México, y la sucesiva modificación del código penal apoyada en lo que establecía la Constitución contra la fe católica.

La exageración de las leyes y el abierto anticlericalismo de no pocos gobernadores mexicanos, especialmente en la parte central del país, provocó el levantamiento armado, sobre todo a partir de 1927, de una parte de la población con tal de defender la fe, los templos y sus pastores. La guerra se prolongaría hasta 1929, cuando se lograron acuerdos de paz entre la Iglesia y el presidente Emilio Portes Gil³.

1.1 Breve historia

Para entender la situación Iglesia-Estado en México en el año 1926 es fundamental en primer lugar conocer los rasgos anticlericales de la Constitución mexicana de 1917, que a su vez son una evolución lógica de la línea emprendida en la Constitución mexicana de 1857. La Constitución de 1917, en el artículo 3, señala claramente la secularización de la educación primaria, tanto pública como privada. En el artículo 5 se permite al Estado intervenir según la ley en materia de culto y disciplina externa, prohíbe los votos monásticos y las órdenes religiosas. El artículo 27 deja a la Iglesia sin derecho a poseer, adquirir o administrar propiedades ya que todos los lugares de culto son propiedad de la Nación. En el artículo 130 se niega toda personalidad jurídica de la Iglesia Católica, y se prevé que cada Estado de la Nación tiene la capacidad de elegir el número de sacerdotes que pueden actuar en dado territorio y deja fuera de la ley los partidos con filiación religiosa⁴.

Por ello, con la Constitución de 1917 la Iglesia perdía no solo lo que le quedaba de poder civil sino también la posibilidad de interferir en la política a título de los cristianos, ya que si un laico demostraba ser de la Iglesia quedaba inmediatamente anulada su participación civil. Ante ello, la Iglesia prácticamente ve restringido su actuar a la vida sacramental de los católicos.

Claramente la Iglesia no permanece en silencio ante esta situación y responde, ya en 1917, diciendo que «protestamos contra semejantes atentados

² Plutarco Elías Calles, 1877-1945, presidente de México entre 1924 y 1928.

³ Emilio Cándido Portes Gil, 1890-1978, presidente de México entre 1928 y 1930.

⁴ Cf. J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 69-70.

en mengua de la libertad religiosa y de los derechos de la Iglesia»⁵, y declarando que no cumplirán con las leyes que sean emanadas a partir de los principios de la Constitución de 1917. Esta y otras declaraciones permiten intuir el ambiente católico de resistencia ante las leyes anticlericales, lo cual desembocará en conflicto directo a nivel nacional en 1926.

El punto nodal del inicio del conflicto armado se da en 1926. El 31 de julio de ese año 1926 es el último día de culto católico en las iglesias, y esa misma noche se cerrarían las iglesias. La razón de esto es la aplicación del artículo 130 de la constitución, por parte del presidente Plutarco Elías Calles, pidiendo que todos los sacerdotes del país se registren ante los órganos civiles para ser reorganizados y asignados de acuerdo con el número necesario en cada provincia. Los obispos, ante esta ley, declaran que es inadmisibile y que por lo mismo antes cerrarán los templos que entregarse a las manos del poder civil en algo que no les compete.

A partir del 1 de agosto de 1926 existen escaramuzas y combates directos por diferentes lados, aunque la guerra solo empezará realmente en enero de 1927, cuando se levantarán las zonas de Jalisco y los estados limítrofes. A partir de julio de 1927 los cristeros se organizan y tienen una acción unificadora. En este proceso es clave la presencia del general Enrique Gorostieta⁶, el cual es contratado para liderar el ejército cristero.

En julio de 1928 muere Álvaro Obregón⁷ en un atentado y desestabiliza la guerra a favor de los cristeros ya que el gobierno debe hacer frente a la posible ofensiva de los “obreguistas” y a la “rebelión de Gómez” en Veracruz, lo cual no le permite tener todos los soldados disponibles para enfrentar a los cristeros.

En el mismo año de 1928 se genera una posible tregua, hecha entre el presidente Calles y el arzobispo de Morelia, monseñor Ruiz⁸. Diferentes grupos que apoyaban a los cristeros, como la ACJM⁹, la Liga y otros, mandan una carta extensa al papa Pío XI para intervenir en esos “acuerdos” de paz y no

⁵ *Ibid.*, 101. Esta carta, firmada por el arzobispo de Guadalajara, está transcrita por entero en el libro de Meyer.

⁶ Enrique José Gorostieta Velarde, 1890-1929, general militar mexicano que asume en 1927 la dirección del ejército cristero.

⁷ Álvaro Obregón Salido, 1880-1928, presidente de México de 1920 a 1924, y elegido presidente nuevamente en julio de 1928.

⁸ Leopoldo Ruiz y Flores, 1865-1941, obispo mexicano desde 1900.

⁹ La sigla ACJM significa Acción Católica de la Juventud Mexicana. Las funciones de la ACJM y de la Liga serán explicadas más adelante.

dejar que sean inicuos los resultados para los católicos, especialmente para los que han luchado perdiendo sus tierras y familias¹⁰.

En la primera mitad de 1929 se da el punto más alto del movimiento cristero en cuanto a dominio de tierras y profesionalidad de sus soldados. Pero los esfuerzos de la guerra alcanzarán la paz más por “acuerdos” que por batallas decisivas, ya que finalmente se firma la paz en junio de 1929 entre Luis Beltrán Mendoza y Portes Gil¹¹. Entre ellos se pacta un “modus vivendi” que, si bien no beneficiaba a la Iglesia, permitía al menos una tregua prolongada con cierta independencia.

No todos quedan contentos con esta situación, de hecho, el general Gorostieta ya había anunciado que es la “Guardia Nacional” (nombre oficial del ejército de los cristeros) la que tiene que tratar el tema de la paz y las condiciones, y no los obispos que han vivido fuera del país y no han visto su desarrollo durante la guerra¹². De todas maneras, después de los “acuerdos” se extinguirán los combates paulatinamente.

La respuesta de Pío XI para permitir este “modus vivendi” en los acuerdos de 1929 sigue una línea de pensamiento en la política exterior del Vaticano ya que

Toda la política vaticana de Pío XI, por esa época, iba en este sentido y se fundaba sobre una experiencia secular de conflicto con el Estado moderno. Si se preservaba el mínimo vital —lo que Portes Gil llamaba “la identidad de la Iglesia”—, el papado estaba dispuesto a hacer muy grandes concesiones y éste es el motivo de que aceptara un *modus vivendi* incomprensible para los católicos mexicanos, que no tenían una visión relativista, que vivían a la hora nacional, diferente de la de Roma, y sufrían en su carne una opresión sacrílega¹³.

De esta manera se entiende mejor las razones de fondo y se percibe el panorama amplio del mundo y la visión del papa de frente a los diversos conflictos entre los estados y la Iglesia en los diferentes continentes.

Posteriormente, la guerra cristera tendrá una segunda e incluso una tercera oleada de conflictos, pero no tendrán la trascendencia de los combates que habían tenido lugar entre 1926 y 1929.

¹⁰ Cf. J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 323-328. En estas páginas se encuentra la carta completa enviada a Pío XI.

¹¹ Cf. J. MEYER, *La cristiada, la guerra...*, 323.

¹² Cf. J. MEYER, *La cristiada, la guerra...*, 316. En esta página se observa la larga carta que escribió Gorostieta a Roma mostrando los agentes que deberían tratar la paz con el gobierno y las razones para ello.

¹³ J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 376.

1.2 Tema educativo

No existe conflicto armado que no represente en el fondo una pugna entre ideales, objetivos y situaciones que trascienden el hecho de comprobar qué ejército tiene mayor capacidad bélica. En el caso de la guerra cristera uno de estos puntos de fondo se ve en el tema de la educación del mexicano.

Para Plutarco Elías Calles, la lucha no se da entre la Iglesia y el Estado, sino entre el ideal religioso y la idea laica del Estado, «entre la reacción y el progreso, entre la luz y las tinieblas»¹⁴. Calles considera que la fe mantiene “embrutecida” a la gente, y por eso hay que liberarla de ese yugo; así, a través de su partido político, Partido Nacional Revolucionario, realiza propaganda negativa hacia la Iglesia católica, atacando especialmente las escuelas católicas, y la ignorancia de los cristianos¹⁵.

Se nota por parte del Estado la voluntad de liberar a los mexicanos del dogma de fe, de la presencia del papa, creando un verdadero relativismo moral y religioso. El Estado estaba convencido de que «en los colegios católicos se deforma la verdad, se deforma el alma cándida y pura de la niñez, el alma idealista y ardiente de la juventud y se aleccionan para instrumentos de las ambiciones clericales»¹⁶. Por ello, era necesario suprimir todo dominio de la Iglesia en este campo. Un testimonio de cómo existía una pugna acérrima de ideas y de educación se ve en el debate entre Luis Morones¹⁷ y el católico Luis Mier y Terán, demostrando que los católicos sabían tener la verdad y la razón en los argumentos, además de saber expresarlos de manera clara¹⁸.

En México también se daba una constante de caciquismo en los diferentes niveles de la sociedad. Es decir, en una determinada localidad todo el poder lo asumía o el jefe de las tierras o quien poseía mayor cantidad de dinero o el dueño de más armas. Si la persona era inteligente y preocupada por las necesidades de los que vivían a su alrededor, entonces la gente recibía educación y aprendía, pero si el cacique estaba más preocupado de sus intereses personales, entonces no le interesaba educar a la población e incluso lo impedía. Esta realidad hizo que fuese común el conflicto entre el cacique y el cura del pueblo, y claramente fomentó la tensión antes que iniciase la guerra cristera y dividió a los pueblos.

¹⁴ *Ibid.*, 273.

¹⁵ Cf. J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 196.

¹⁶ *Ibid.*, 75.

¹⁷ Luis Napoleón Morones Negrete, 1890-1964, político mexicano miembro de varias organizaciones durante el gobierno de Plutarco Elías Calles.

¹⁸ Cf. J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 287.

El coronel cristero Aurelio Acevedo destacaba la “brutalidad” en la que están acostumbrados a vivir los soldados cristeros, y la necesidad de educarlos¹⁹, y además comentaba cómo el analfabetismo entre los cristeros era de niveles muy altos.

Ante «este mundo desunido en el que solo las estructuras unitarias, familia, clan, pueblo, actúan contra la unidad en favor del cacique y de la guerra civil, la unión es la excepción, y es fácil dividir para reinar»²⁰. Por ello, independientemente del resultado de la guerra, era necesario volver a unir a la gente, a los pueblos, a los mismos cristianos, y educarlos para que tuviesen la capacidad de distinguir y elegir lo que más convenía a su pueblo y a su país, sin depender de la voluntad del cacique de turno. Claramente esto implica educar también a los caciques para que, siendo responsables de los bienes y del poder que ostentan, no usen los bienes para uso propio con despecho y abusos sobre los demás.

Por último, es importante agregar que durante los años que duró la guerra cristera la gente, sobre todo en los campos, estuvo sin sacerdotes y con los obispos fuera del país, con el consiguiente relajamiento de la catequesis y la falta de sacramentos para la propia vida cristiana. Por lo que a partir de 1929 sería necesario volver a evangelizar y reeducar a una gran parte de las zonas afectadas por los enfrentamientos o por la aplicación de la ley Calles en cuanto al número de sacerdotes por zona geográfica.

1.3 Tema agrario

Un segundo punto importante del trasfondo de la guerra cristera se encuentra en la reforma agraria que impulsó el gobierno, sobre todo a partir del gobierno de Álvaro Obregón en 1920, para eliminar el latifundismo y lograr una agricultura moderna²¹.

Es un intento del Estado de modernización de la agricultura, distribuyendo tierras (y armas) entre la gente, para mejorar la productividad. Pero en el fondo, por la escasa preparación agrícola de los campesinos, será para los habitantes de los pueblos un pasar de depender del latifundista a depender del político de turno. Ante esta situación, los campesinos se dividen entre dos grupos, tanto a favor como en contra de la repartición de tierras que les hace el gobierno. La solución ante este tema pasará por enseñar a usar la tierra y no solo en darla.

¹⁹ Cf. J. MEYER, *La cristiada, los cristeros...*, 173.

²⁰ Cf. J. MEYER, *La cristiada, los cristeros...*, 40.

²¹ Cf. J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 189 en adelante.

Cuando lleguen los años del conflicto cristero, los campesinos que aceptaron las tierras del Estado, llamados agraristas, deberán servir al Estado y por lo mismo luchar contra los cristeros (que no pocas veces son sus amigos si no es que familiares) con tal de no perder las escasas tierras que se recibieron años anteriores. Los cristeros, por su parte, lucharán contra los agraristas no tanto por el tema de la tierra, sino porque ven a los agraristas como aliados del gobierno masón. De hecho, los agraristas vivían como verdaderos siervos del gobierno²².

1.4 Agrupaciones laicales

En México, durante la guerra cristera existen dos asociaciones de laicos que trabajan creando sinergia entre los católicos. Una es la Liga y la otra es la ACJM.

La Liga es un movimiento que nace con afán defensivo de la fe y luego toma un rol más activo y combativo, llegando a ser un movimiento político importante durante la guerra cristera. Surgió en marzo de 1925²³ y con el tiempo logra congregarse gente del «catolicismo social, del Partido Católico Nacional y la juventud combativa de la ACJM»²⁴. La Liga sí buscaba el enfrentamiento contra el gobierno, y la victoria en ello. Buscaba defender las libertades religiosas, que negaba la Constitución, por ello asume de manera personal el conflicto.

Durante los años 1925 y 1926 los obispos apoyan abiertamente a la Liga, pero luego no habrá un apoyo explícito hacia ella. De la misma manera, al inicio de la guerra cristera la Liga contará con el apoyo del ejército cristero, pero con los años disminuirá este sostén.

La ACJM, parte de la *Acción Católica*, fue fundada por el sacerdote jesuita Bernardo Bergöend²⁵. La Iglesia mexicana intenta desde 1913 reencaminar la formación de los laicos a través de los canales y medios ofrecidos por la *Acción Católica*. Un manifiesto del año 1923 muestra parte de las ideas de fondo de la ACJM, declarando

Ahora, los encargados de reparar los males nacionales, de hacer olvidar los agravios, siembran más copiosamente la discordia, hacen más profunda la división, olvidándose de que somos los católicos quienes formamos la

²² Cf. J. MEYER, *La cristiada, los cristeros*, 90.

²³ Cf. J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 160-161.

²⁴ J. MEYER, *La cristiada, la guerra...*, 50.

²⁵ Bernardo Bergöend, S.I., 1871-1943, sacerdote francés.

inmensa mayoría del pueblo mexicano y de que nuestros hombres no son tan resistentes que soporten la carga del ultraje que sobre ellos se coloca²⁶.

La ACJM contaba con su periódico propio, *Atalaya*, para la difusión de sus ideas, y tiene un actuar continuo a través de reuniones masivas y locales sin que sean disturbados por el gobierno, como la que tuvieron en abril de 1922 en plena Ciudad de México²⁷. Así mismo, tendrá momentos importantes, como la presencia y la ayuda en la construcción del monumento en el Cubilete en el año 1923 y la presencia en octubre de 1924 en el Congreso Eucarístico en la capital del país.

La ACJM encerraba en sí realidades diversas, ya que «la ACJM de la ciudad, del poblado, no tenía mucho en común con la ACJM del pueblo, fundada por el párroco que había recibido de su obispo la orden de fomentar la acción católica entre la juventud»²⁸. Apoyaban el actuar de la Liga, y de hecho constituían en varios lugares parte importante de los mandos de la Liga. Sus líderes, a excepción de unos pocos, «tenían de 25 a 35 años, y todos los jóvenes de la ACJM, estudiantes aún en su mayoría, contaban entre 20 y 25 años»²⁹, Mostrando el vigor y la fuerza de empuje que tenía en la juventud mexicana, especialmente en las ciudades. Pero, al entrar en contacto con los cristeros, no se daría tan natural la interacción y la ayuda por venir de realidades diferentes y tener objetivos no siempre similares.

Inspirándose en la ACJM, nacerá luego la Unión Popular, como movimiento que ayuda en la organización de los cristeros, sobre todo en el oeste del país. Era una organización dinámica y de rápida difusión, cuyo objetivo era «organizar a todos los católicos para movilizarlos de manera permanente y en masa»³⁰, y para ello se dedicó a la organización de escuelas primarias paralelas a las del gobierno.

2 Pío XI

Pío XI³¹, Sumo pontífice de la Iglesia católica desde 1922 hasta 1939, tuvo un pontificado caracterizado por el inestable periodo entre las dos guerras

²⁶ J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 125.

²⁷ Cf. *Ibid.*, 122.

²⁸ J. MEYER, *La cristiada, la guerra...*, 64.

²⁹ *Ibid.*, 56.

³⁰ J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 147.

³¹ Para una visión completa del pontificado de Pío XI, cf. F. MARGIOTTA BROGLIO, «Pío XI», en *Treccani, enciclopedia dei papi*, 2000, en https://www.treccani.it/enciclopedia/pio-xi_%28Enciclopedia-dei-Papi%29/ [11-12-2020].

mundiales, donde afrontó temas complicados como la revolución bolchevique, la guerra civil en España, los inicios del fascismo y del nazismo. Frente a cada una de estas circunstancias, mostró cómo su misión, al ser vicario de Cristo, debía confortar en la fe a tantos cristianos y a la vez iluminar un camino recto en medio de los vientos opuestos.

Una de las iniciativas promovidas por Pío XI en todo el mundo, para responder a las necesidades de la fe en las personas, es la así llamada *Acción Católica*. Ella es «la participación de los laicos católicos en el apostolado jerárquico de la Iglesia»³². En palabras de Pío XI, la *Acción Católica* «tiene la virtud de impulsar las almas hacia los más altos ideales de perfección, pone a los seglares en contacto más frecuente y en colaboración más íntima con el sacerdote»³³. La labor de la *Acción Católica* lleva las familias y la educación de la sociedad al Corazón de Cristo a través de la acción, la palabra, el ejemplo, la oración, los escritos y las obras de caridad.

Ya en 1922 Pío XI exhortaba a los laicos a que trabajaran junto a los sacerdotes en las obras de apostolado individual y social, y entonces allí realmente se estaría construyendo el reino de Cristo³⁴. Más claro aún lo declara un poco antes en la misma encíclica al decir que la *Acción Católica* debe trabajar por instaurar el reino de Cristo con la oración, con la palabra, con la buena prensa, con el ejemplo de la vida, con la enseñanza en los colegios, con la caridad y con todo camino que lleve a las personas a encontrarse con el corazón de Cristo Rey³⁵. El Pontífice ve en la labor sinérgica del clero con los laicos el futuro del apostolado de la Iglesia y por ello dedica no pocos esfuerzos a la creación y difusión de la *Acción Católica* en los diferentes países del mundo.

El papa Pío XI también siguió muy de cerca la realidad mexicana durante todo su pontificado. Muestra de ello son los cuatro documentos que escribió para hacer notar los abusos de autoridad por parte del gobierno y a la vez motivar a los obispos y católicos de México. Claramente, siguiendo la lógica de las ideas expresadas en *Ubi arcano Dei* y en *Ad catholici sacerdotii*, en estos documentos hará notar también la importancia de la *Acción Católica* e invitará al clero a fomentar su instauración.

³² F. GENTILONI, «Cattolica, Azione», en *Treccani*, 1991, en http://www.treccani.it/enciclopedia/azione-cattolica_res-56807b6f-87ea-11dc-8e9d-0016357eee51_%28Enciclo-pedia-Italiana%29/ [14-3-2020]. La traducción es nuestra.

³³ Pío XI, *Ad catholici sacerdotii*, AAS 28 (1935), 5-53, 36.

³⁴ Cf. Pío XI, *Ubi arcano Dei*, AAS 14 (1922), 673-700, 695.

³⁵ Cf. *Ibid.*, 693.

3. Escritos de Pío XI en relación con la guerra cristera

3.1 *Paterna sane*³⁶

La carta apostólica *Paterna Sane* fue escrita el 2 de febrero del año de 1926 al arzobispo José Mora y del Río, y a los demás arzobispos y obispos mexicanos. Es el primer documento donde el Santo Padre responde de manera directa a los problemas existentes en México entre el Gobierno y la Iglesia.

En la carta Pío XI comienza ratificando su descontento con las leyes anticlericales mexicanas y recordando los problemas del gobierno mexicano con el Delegado Apostólico durante los últimos dos años. Luego agradece a los mexicanos por su testimonio en la defensa de los valores católicos, y a la vez da dos directivas concretas de cómo tiene que actuar el clero mexicano ante la situación de conflicto que se manifiesta.

La primera es una negativa: el clero no debe participar de manera directa en la política. Lo señala dos veces Pío XI, y de manera contundente, para que el enemigo no confunda lo que es la fe con lo que es un partido político³⁷. La segunda acción que deben tomar los obispos y sacerdotes es la de trabajar con una *Acción Católica*. El clero, aunque esté fuera de la acción política, tiene que formar la conciencia de los fieles según las normas indefectibles de la ley de Dios y de la Iglesia³⁸.

Los campos de acción social son amplios y variados y, entre ellos, Pío XI menciona los ámbitos religioso, moral, cultural, económico y social. Remarca también la importancia de formar la conciencia católica, sobre todo de los más jóvenes, tanto los que estudian como los que trabajan. Es un documento que «da una línea de conducta pacífica, trata de evitar las divisiones, hace un llamamiento a la unidad en torno de los obispos»³⁹.

3.2 *Iniquis afflictisque*⁴⁰

La situación en el año 1926 recrudece con el pasar de los meses, por ello el papa Pío XI escribe nuevamente este mismo año al clero mexicano. Esta encíclica, con fecha de 18 de noviembre, resume el camino trazado por las leyes mexicanas en los últimos decenios y cómo la Iglesia, en sus pastores y

³⁶ Cf. Pío XI, *Paterna sane*, AAS 18 (1926), 175-179.

³⁷ Cf. Pío XI, *Paterna sane*, 178.

³⁸ Cf. *Ibid.*

³⁹ J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 343-344.

⁴⁰ Pío XI, *Iniquis afflictisque*, AAS 18 (1926), 465-477.

en sus fieles, ha sido cada vez más injustamente perjudicada. Es un documento que llega a los fieles mexicanos pocos meses antes de que se desate la guerra abiertamente declarada entre cristeros y federales, y viene a mostrar «las tristísimas condiciones del catolicismo en México»⁴¹.

Al final de la encíclica, el Pontífice remarca el trabajo, sacrificio y entrega de los laicos en medio de las persecuciones. El papa felicita a las asociaciones católicas, las cuales están al flanco del clero como un ejército siempre preparado. Después se menciona cuatro asociaciones laicales y el trabajo específico con el que colaboran en México. El documento culmina mencionando a aquellos jóvenes que han muerto con el nombre de Cristo Rey en los labios.

3.3 *Acerba animi*⁴²

Después de seis años Pío XI vuelve a escribir una carta abierta a los arzobispos y al clero mexicano. Esta encíclica, del año 1932, con fecha de 29 de septiembre, recorre el camino que ha llevado la Iglesia en México en las últimas décadas y se aboca a posibles respuestas que ayudarán a la fe del pueblo. En parte también es una respuesta «para protestar contra la mala fe del gobierno perseguidor»⁴³ ya que nunca se abandonó del todo el odio anticlerical de algunos sectores del gobierno.

Conviene destacar cómo en dos momentos Pío XI recalca y repite una misión específica del clero mexicano para dar una respuesta a la situación política. En primer lugar, el papa señala que la patria será lo que se logre en el presente en la formación de la juventud, y que por ello el clero tiene que seguir con dedicación la formación de ellos, especialmente de los más expuestos a las ideas ateas, masónicas y comunistas⁴⁴. Es en la transformación interna y externa de los jóvenes donde se juega el destino del país.

Al final de la encíclica motiva nuevamente al clero a vivir intensamente el ministerio entre la juventud y el pueblo, y remarca, haciendo eco de *Paterne sane*, la importancia de instituir y dar incremento a la *Acción Católica*. Así mismo, invita a los fieles a que sientan la obligación y el honor de apoyar a los sacerdotes a través de la *Acción Católica*.

⁴¹ J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 297.

⁴² Pío XI, *Acerba animi*, AAS 24 (1932), 321-332.

⁴³ J. MEYER, *La cristiada, el conflicto...*, 374.

⁴⁴ Cf. Pío XI, *Acerba animi*, 326.

3.4 *Firmissimam constantiam*⁴⁵

En el año 1937, con fecha de 28 de marzo, Pío XI vuelve a retomar la pluma para escribirle su última carta al clero mexicano.

El papa escribe en esta encíclica de manera directa y concreta cómo la misión de los sacerdotes en México tiene que estar orientada a buscar la santidad en la propia vida y a formar a los laicos. Es el documento más concreto, con más iniciativas y el que pone de manifiesto de manera clara el rol que deben tener los laicos en el actuar de la Iglesia. Entre los cuatro documentos de Pío XI es el «más importante no tanto por el momento contingente de la situación de la Iglesia mexicana, sino por los principios universales que contiene»⁴⁶.

El Santo Padre compara la situación de la Iglesia en México con los primeros años después de Pentecostés, donde los apóstoles se confiaban a la colaboración de los laicos (cf. *Hechos* 4,32-37).

De manera específica se nombra la *Acción Católica*, como auxilio providencial, que camina bajo la guía de un clero sabio y santo, y por ello los sacerdotes deben dedicarle lo mejor de sus fuerzas. Para este trabajo fecundo vienen delineadas dos misiones especiales para cada presbítero. La primera es la de dar una sabia dirección espiritual a las almas. La segunda es lograr una red de formación religiosa que vaya nutrida con las Sagradas Escrituras, que sea piadosa y que tenga impacto en los fieles católicos.

El papa es consciente que no todos entienden el porqué de la formación de los laicos, aunque era un objetivo que ya había dejado claro desde la *Ubi arcano Dei* como una meta fundamental para la época. La realidad mexicana exige que los laicos tengan un lugar primordial y que sean realmente piedras vivas de la casa de Dios para realmente reconquistar el pueblo para Cristo. Pío XI confirma esto citando la carta a los romanos (cf. *Rm* 12,5) y la carta a los efesios (cf. *Ef* 4,12-16), ya que cada persona, laico o sacerdote, tiene el deber de dar vida al todo del organismo, y ser una contribución eficaz. Con esto no pocas almas descubrirán cómo están llamadas a la difusión del Reino de Cristo y a salvar almas.

Pío XI explica que logrando un amor intenso a Jesús en los laicos brotarán múltiples campos de apostolado, y así la *Acción Católica* se extenderá en las diversas facetas de la sociedad. También es consciente de que para un buen éxito de esta empresa, la formación tiene que centrarse primero en los

⁴⁵ Pío XI, *Firmissimam constantiam*, AAS 29 (1937), 189-211.

⁴⁶ G. PALAZZINI, en *Pio XI nel trentesimo della morte (1939-1969)*, Opera diocesana per la preservazione e diffusione della fede, Milano 1969, 631-632. La traducción es nuestra.

laicos que serán cabezas de estos grupos. Son ellos los que deben tener una atención específica por parte de los sacerdotes, sin importar si al principio son solo un rebaño pequeño. El principio de fondo tiene que ser la salvación de las almas, por lo que tampoco se puede caer en la tentación de lograr simplemente frutos externos con un menosprecio por la vida espiritual de los fieles que están empeñados en esta misión. De la misma manera en que Cristo tuvo siempre presente la gloria de su Padre y la salvación eterna de las almas.

Las obras sociales, sobre todo las promovidas por las encíclicas de León XIII⁴⁷, necesitan hombres preparados y formados, aunque recomienda Pío XI que no sea la *Acción Católica* la que guíe esos proyectos, pero sí que participe. El papa Pío XI menciona campos específicos donde actuar y en los cuales los sacerdotes tienen que iluminar las conciencias. Estos ámbitos son: el problema agrario, la reducción de los latifundios, la mejora de la condición de vida de los trabajadores y de sus familias. Estos campos llevan al sacerdote a estar presente en la vida de los operarios y a interesarse en su vida y sus problemas, con una ayuda material y religiosa. Lo mismo se dice en referencia a los campesinos, donde la presencia del sacerdote es fundamental y además tiene que lograr que la *Acción Católica* se interese por ayudar también a esta gente que vive más alejada de los polos urbanos.

El papa es muy concreto al mencionar que el clero, junto con la *Acción Católica*, tiene que dedicar parte de su apostolado a evangelizar a los estudiantes. Los sacerdotes tienen que formar en ellos la práctica religiosa, la conciencia y la vida intelectual. Es un campo donde existe gran necesidad y la Iglesia no puede quedar atrás. A su vez, Pío XI agradece a todos los universitarios que ya forman parte de la *Acción Católica*, y señala cómo ellos están ayudando a transformar el país. El papa menciona también el vasto campo de la educación de los niños. Los católicos mexicanos deben, por una parte, evitar las escuelas que solo corrompen a los niños y, por otra, buscar para ellos un lugar conveniente con instrucción religiosa. Cuántos peligros hay en la infancia y en la juventud, y por ello todos los tipos de asociaciones que trabajen por ellos son necesarias.

Pío XI comenta que estar dentro de las filas de la *Acción Católica* es el mejor camino para crecer en la virtud y para tener una sólida defensa contra los ataques que llegan por todos lados contra la fe. La *Acción Católica* está llamada a extender el Reino de Cristo, esa es su misión.

⁴⁷ Vincenzo Luigi Pecci, 1810-1903. Sumo Pontífice del año 1878 al año 1903. Entre sus documentos de temática social destaca la encíclica *Rerum novarum* del año 1891.

Al final de la encíclica remarca el papa cómo el clero está llamado a orientar la conciencia de los fieles, y los fieles están llamados a la obediencia a sus pastores, para que así, trabajando todos juntos, se pueda llegar a los objetivos y a la fecundidad en el apostolado.

4. Puntos en común de los cuatro escritos de Pío XI

Una idea transversal a los cuatro documentos es la misión del sacerdote como “formador”. En *Paterna sane*, se recalca formar conciencias, y en especial de la juventud. En *Acerba animi*, Pío XI subraya la formación escolástica y la formación de la juventud. La Iglesia lleva siglos formando el continente americano y ello no puede detenerse en los tiempos actuales, es parte inherente de la misión de los sacerdotes. En el rol como formador se abarca la conciencia social, señalar las desigualdades, lograr que el católico pueda tener una vista panorámica de los problemas que se suscitan a su alrededor para poder responder con oportunidad y tutelar la dignidad humana.

Por ello, aunque parezca inicialmente un argumento a favor de la propia imagen de la Iglesia, el sacerdote educa a los pueblos para que reconozcan el bien que la misma Iglesia ha logrado en México y en el mundo, como son las obras e instituciones de caridad, las escuelas y colegios para la educación del pueblo en las ciencias, en las letras, en el arte y en el trabajo⁴⁸. En *Firmissimam constantiam*, Pío XI hace referencia a su encíclica *Ad catholici sacerdotii*, en donde describe el poder y responsabilidad que tiene el sacerdote al formar a los laicos comentando que

La palabra del sacerdote penetra en las almas y les infunde luz y aliento; la palabra del sacerdote, aun en medio del torbellino de las pasiones, se levanta serena y anuncia impávida la verdad e inculca el bien: aquella verdad que esclarece y resuelve los más graves problemas de la vida humana; aquel bien que ninguna desgracia, ni aun la misma muerte, puede arrebatarnos, antes bien, la muerte nos lo asegura para siempre⁴⁹.

El sacerdote para formar al laico según el corazón de Cristo cuenta con la dirección espiritual y con la formación religiosa, tiene que llevar al dirigido a que beba de las fuentes de la espiritualidad cristiana bíblica y que lleve la marca de los dones del Espíritu Santo. El laico tiene que estar enamorado de Cristo, Jesús tiene que ser alguien vivo, un amigo, alguien presente en las decisiones del día a día.

⁴⁸ Cf. Pío XI, *Iniquis afflictisque*, 477.

⁴⁹ Pío XI, *Ad catholici sacerdotii*, 16-17.

La dedicación como formador es una imitación del estilo de Cristo formando a los apóstoles. No es necesaria la cantidad sino la calidad y la conversión de cada uno de los cuales se lleva en acompañamiento espiritual. *Firmissimam constantiam* explica directamente la importancia de formar a los que tendrán influjo en la sociedad en el futuro. Es una formación que se da en todos los campos posibles, consciente de la evolución del mundo y de los nuevos liderazgos que van surgiendo. Formando así a algunos pocos laicos, ellos mismos serán los responsables de llevar adelante luego las iniciativas y ello permitirá llevar a la creación, de una manera natural, de grupos donde los católicos puedan trabajar reunidos y convergiendo fuerzas.

Por ello, una segunda idea que permea estos documentos es la “asociación” entre los laicos. En *Paterna sane* se nota el esfuerzo de orientar a los clérigos para que no intervengan directamente en la política. Las fuerzas y energías del actuar sacerdotal tienen que ir orientadas a incidir en el ámbito social y político a través de la formación de los laicos. En *Iniquis afflictisque* queda patente el fruto de las asociaciones con las cuatro instituciones remarcadas. En *Acerba animi* se pone de manifiesto la importancia de reunirse en la *Acción Católica*, que viene a ser casi una obligación para ayudar al clero. En *Firmissimam constantiam*, Pío XI comenta que es difícil llegar al fin propuesto sin la «ayuda providencial que dan los laicos por medio de la *Acción Católica*»⁵⁰.

Para el sacerdote será clave en esta agrupación de laicos apoyar la dirección y la expansión en algunos laicos que primero ha formado con dedicación y profundidad. Así, tanto los miembros de los grupos, como los dirigentes manifestarán de manera clara la realidad del Cuerpo Místico y lo que significa vivir el sacerdocio común. La *Acción Católica* está llamada a entrar en todos los campos de la vida ordinaria de la sociedad, no como organismo político, sino como catalizador de apostolado y de iniciativa para el Reino de Cristo.

La finalidad de la *Acción Católica*, de la agrupación de los fieles, es la Gloria de Dios, y no se puede poner otro objetivo sobre ello, dejando las realidades económicas y sociales como medios para alcanzar el fin. Es la línea de la cuestión social de la Iglesia, para no olvidar el fin trascendental por el que se vive y se realizan todas estas obras.

⁵⁰ Pío XI, *Firmissimam constantiam*, 190.

Conclusión

El que conoce la historia tiene más oportunidades de no volver a tropezar con la misma piedra. La persona que sabe de dónde viene tiene una sabiduría más completa que le permite caminar con mayor libertad y trazar de una manera realista el futuro al que se dirige. Conocer las propias raíces da sabiduría de vida y además bases que sostienen y explican el presente.

El papa Francisco señala en *Evangelii gaudium* cómo «los ancianos aportan la memoria y la sabiduría de la experiencia, que invita a no repetir tontamente los mismo errores del pasado»⁵¹. Es casi obligatorio conocer quién se es dando una mirada al pasado de la propia familia, y más aún dentro de una familia religiosa. No se pueden menospreciar superficialmente las circunstancias históricas que han permitido el presente, ya que la posible caída en las mismas faltas del pasado, o la falta de una identidad arraigada estarían a merced del tiempo.

El mundo mexicano de inicios del siglo XX era católico en su gente, pero no lo manifestaba en sus instituciones políticas, y la exasperación de esta diferencia llevó al combate. Pío XI, desde la lejanía física de Roma, estaba cercano con el corazón y con sus escritos, buscando guiar al pueblo católico en medio del caos que vivía en México y también en tantas otras naciones del mundo. La *Acción Católica*, la formación del clero y de los laicos, surgen como una respuesta necesaria ante los cambios del mundo, y el papa espera confiado que los católicos responderán a sus escritos y discursos.

La educación de los mexicanos, la formación de la juventud, la enseñanza de los cristianos en el mundo no ha terminado. De hecho, es un proceso que se renueva con cada nueva vida que nace, y por ello es una misión que tiene aún hoy cabida en el apostolado de la Iglesia.

Es de esperar que esta misión continúe siendo fecunda en el tiempo, y que todos los que se involucren en ella sepan ser humildes, para que poniendo al servicio de Cristo los propios talentos, puedan llevar realmente las personas al encuentro con Dios. El instrumento, es decir el formador, tiene que ser de la mejor calidad, pero sin olvidar que su misión es la de ser puente para que los cristianos lleven a plenitud su vocación bautismal en medio del mundo y lleguen luego a la vida eterna.

⁵¹ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, AAS 105 (2013), 1065.